

*A mis amigos Joke, Nel, Dries y Jos, y a todos aquellos
que murieron para que Holanda pudiera vivir*

Introducción

Esta es la historia de la liberación de cuatro prisioneros políticos holandeses al final de la Segunda Guerra Mundial, y de su viaje de vuelta a los Países Bajos después de que soldados rusos los rescataran de la prisión de Waldheim, una pequeña localidad del sureste de Alemania. Las cuatro personas son:

NEL, treinta años. Integrante del Movimiento Scout de los Países Bajos, sus dotes organizativas fueron extremadamente útiles en la resistencia. Hasta que la Gestapo la capturó en otoño de 1943, gestionó una red de escondites para los pilotos aliados que fueron derribados en los Países Bajos. También participó en la organización del tramo neerlandés de una ruta de escape, que atravesaba Bélgica y Francia hasta llegar a España y Portugal, para que los aviadores pudieran volver a la acción, donde su aportación era más valiosa.

JOKE, veinte años. Apenas terminada la secundaria, Joke se entregó por completo a colaborar en una célula local de la resistencia dedicada al salvamento de pilotos aliados derribados en las proximidades de su pueblo, y a encontrar escondites para ellos. En poco tiempo ascendió a una unidad que operaba a escala nacional, lo que le permitió conocer a Nel y a muchos otros que coordinaban las rutas de escape. Escoltó

en persona a varios aviadores aliados hasta la frontera con Bélgica. Joke fue capturada en mayo de 1944 y condenada a muerte.

ZIP, veintiocho años, narradora de esta historia. Estudiante de literatura neerlandesa y francesa en la Universidad de Leiden, durante los primeros días de la guerra comenzó a trabajar en la prensa clandestina. Al poco tiempo, se convirtió en mensajera al servicio de un grupo de la resistencia que transmitía informes de la inteligencia sobre los movimientos de tropas alemanas y otras cuestiones al Gobierno neerlandés en Londres, motivo por el que se desplazaba con frecuencia a Bélgica, Francia y Suiza. Debido a su actividad, llegó a conocer varias rutas de escape, y en ocasiones ayudó a algunos pilotos aliados que quedaron atrapados en territorio enemigo; también por esta razón entró en contacto con Nel y Joke. Fue capturada en marzo de 1944 y condenada a muerte.

DRIES, el único hombre del grupo, veintiséis años. Marino mercante que se encontraba de permiso en los Países Bajos cuando estalló la guerra, en la primavera de 1944 trató de cruzar el canal de la Mancha junto a tres amigos, con los que zarpó desde una playa neerlandesa. Por más temerario que fuera el intento (los alemanes vigilaban cada palmo de la costa con tal diligencia que era imposible botar una embarcación con provisiones y en buen estado), los tripulantes no fueron interceptados hasta que, a medio camino, se vieron rodeados por buques alemanes y, humillados, fueron transportados de vuelta a los Países Bajos. Así, Dries fue capturado en abril de 1944 y condenado a muerte.

Los nazis trataron a los prisioneros políticos de maneras diferentes y nada razonables. Muchos fueron fusilados sin juicio previo. A muchos otros los dejaron morir de inanición,

disentería, tuberculosis y otras enfermedades que proliferaban en los campos de concentración y en las cárceles. Algunos, como los cuatro protagonistas de esta historia, fueron juzgados por un tribunal militar, aunque los procesos eran una parodia de la justicia: al abogado defensor, designado por los nazis, no se le permitía ver a los prisioneros antes de la sentencia. Su única función consistía en estar presente cuando se pronunciaba la pena de muerte; inútil evocación al hecho de que Alemania había formado parte en el pasado del conjunto de las naciones civilizadas y sabía lo que era un proceso judicial.

El trato variaba incluso tras la sentencia. A veces conducían a los condenados a muerte fuera de la prisión al amanecer del día siguiente y les disparaban en algún lugar apartado de las proximidades; en otras ocasiones los integraban en el grupo de los denominados Nacht und Nebel («Noche y Niebla», que tanto los guardias como los propios presos llamaban «los NN») y los trasladaban de una cárcel a otra, cada vez más lejos del frente. Los cuatro protagonistas de esta historia pertenecieron al grupo de los NN.

En el interior de las cárceles o de los campos de concentración, los NN eran los reclusos de categoría más baja. A la cabeza estaban los criminales comunes alemanes, a los que confiaban los codiciados empleos de distribución de comida y ropa (de ambas cosas se quedaban la mejor parte) y el trabajo en las cocinas. El siguiente escalón lo constituían prostitutas, estraperlistas y criminales de poca monta de todos los países bajo ocupación alemana. Ejercían de ayudantes de los guardias, eran los encargados de hacer recados y los espías de las cuadrillas de trabajo. La tercera categoría la conformaban los presos políticos, y a ella pertenecían tanto los desafortunados inocentes que habían sido denunciados por escuchar la

BBC como los miembros activos de la resistencia detenidos mientras llevaban a cabo actos de sabotaje, por distribuir un periódico ilegal, por dar cobijo a judíos o a otros compañeros de clandestinidad, o por hacer cualquier otra de las mil actividades que habían sido *verboten* por los nazis. Ellos componían las cuadrillas de trabajo que desempeñaban labores tales como cortar leña en ciénagas o fabricar mechas, recolectar desechos o cavar tumbas, según las necesidades de la cárcel o del campo y de acuerdo con la proximidad de fábricas con escasez de mano de obra. Estos «políticos» no tenían ningún privilegio, ni más comida o ropa de la cuenta. Solo contaban con una ventaja imprevista: al ir de un sitio a otro, se relacionaban con trabajadores alemanes u obreros esclavos en las fábricas a las que los asignaban, o, si los destinaban a talleres dentro de la cárcel, con los criminales y prostitutas que se repartían las tareas diarias. A veces conseguían algún periódico alemán y leían las noticias entre líneas. Los rumores volaban entre los presos, que generalmente vivían, trabajaban y morían en grupos muy unidos y de confianza.

Por último, y a la cola de todos los demás, estaban los NN. Solo podían salir de la celda media hora para hacer ejercicio unas dos veces por semana, y se ponía especial atención en que ningún otro recluso pudiera siquiera verlos. Las puertas de acceso a algunos talleres daban a los pasillos de la prisión y eran de vidrio en la parte superior; los guardias las cubrían con una tela negra cada vez que los NN salían al patio. En un principio, los NN estaban en régimen de aislamiento, aunque durante el último año de la guerra las celdas unipersonales llegaron a ser ocupadas por hasta seis NN a causa de la saturación de las cárceles alemanas. Los «políticos», si insistían lo suficiente para que se les escuchara, podían quejarse al jefe de la prisión de la alimentación, de las deficiencias en las celdas,

de los robos que sufrían a manos de los presos de confianza, etcétera. No siempre obtenían resultados, pero sus protestas servían para evitar condiciones aún peores. En cambio, a los NN se les decía que no tenían derecho a dirigirse a nadie, por lo que los de confianza podían robarles la comida impunemente y los guardias tratarlos peor que a los demás.

Pese a que la organización de todos los presos se regía por este sistema (salvo los destinados a los campos de exterminio, en su mayoría judíos), en muchos de los campos de concentración el funcionamiento cambió durante los últimos años de la guerra. Los presos de confianza se revelaron poco fiables y los políticos, más numerosos y con mayor formación intelectual, lograron hacerse con la administración de los campos y con los trabajos menos pesados. También a menudo, en esos lugares, desapareció la línea que separaba a los políticos de los NN.

No obstante, en las prisiones en las que estuvimos nosotros el sistema se mantuvo sin cambios, a excepción del régimen de aislamiento, y los NN nos llevamos siempre la peor parte. Desde que nos trasladaron a nosotras tres de Holanda a Alemania, pasamos ocho meses en cinco cárceles alemanas distintas. En tres de ellas solo nos quedamos una o dos semanas antes de que nos trasladaran de nuevo; en las otras dos permanecemos encerradas un mínimo de tres meses. En todo ese periodo, pudimos ducharnos un total de tres veces.

La rutina carcelaria era extremadamente monótona para las NN. Una ruidosa y persistente sirena nos despertaba a las cinco y media de la mañana. Transcurrida media hora, una guardia abría la celda y dejaba que dos prisioneras salieran, una con el cubo que usábamos como letrina y la otra con la garrafa de agua. Ambas iban al lavabo situado al otro lado del pabellón, vaciaban el cubo, rellenaban la garrafa y volvían.